

Intervención de Mario Vargas Llorca en la inauguración del 20. internationales literaturfestival berlin.

Señora ministra de cultura, señora directora de la Philharmonie, querido Ulrich Schreiber, querida Michi Strausfeld, vieja amiga, por esta muy generosa descripción que has hecho de mí exagerando tanto como un latinoamericano.

Tengo que hablar de literatura y lo hago con muchísimo gusto, ante todo felicitando a Ulrich Schreiber y, entiendo que, al Instituto Cervantes por la colaboración que le ha prestado, por llevar a cabo este festival pese a los tiempos difíciles que atravesamos.

La literatura se ha hecho para los tiempos difíciles y creo que es una buena cosa que en estas circunstancias tan inesperadas, tan peligrosas para todos, hablemos de literatura. En los países libres, en los países democráticos, se tiene a veces la impresión de que la literatura es apenas una distracción, un entretenimiento pasajero entre otros entretenimientos. Creo que todos los escritores hemos enfrentado alguna vez un señor que nos pide una firma para su esposa porque, nos dice, es una buena lectora de literatura. Cuando me ha ocurrido, inmediatamente pregunto a mi vez, “¿y usted? ¿no es un buen lector de literatura?” Dice “no, yo... yo trabajo, yo tengo preocupaciones más serias que la literatura”. Yo le digo, “pues qué lastima por usted, porque no sabe, usted, lo que se pierde, y lo que es seguro es que su esposa va a ser una persona mucho mejor preparada para enfrentar las situaciones difíciles que siempre nos enfrenta la vida”.

En los países, curiosamente, más libres es donde la literatura suele ser menos considerada o considerada como lo que no es, un simple entretenimiento. Pero basta que la libertad se restrinja o desaparezca en esta sociedad para que la literatura se convierta en un arma de combate. Una manera de resistir la intransigencia del poder. El poder que, generalmente, desconfía de la literatura y establece inmediatamente sistemas de censura para controlarla. Pero, pese a ello, la literatura siempre encuentra manera de manifestarse y se manifiesta siempre, en todos los casos, en contra de los regímenes opresores y siempre a favor de la libertad. Allí es donde uno encuentra verdaderamente la importancia de la literatura y lo fundamental que ella es para preservar precisamente esa libertad.

¿Cómo nació la literatura? Siempre me ha fascinado. Es algo que no sabemos y que solo podemos adivinar retrocediendo en el tiempo cientos, miles de años. Aquellos ancestros que vivieron en un mundo tan diferente del nuestro, un mundo que estaba impregnado de peligros. Había la lluvia, había el trueno, había los rayos que parecían amenazarnos y acabar con nosotros, había los animales feroces que podían salirnos al encuentro en lo que eran los bosques que nos rodeaban, había, sobre todo, esos animales invisibles que nos traían las pestes, que acababan a veces con la vida en las aldeas. Y frente a todo ello ¿qué teníamos? Teníamos esas noches alrededor de las fogatas en las cavernas en que nuestros ancestros vivían y allí contábamos historias. Historias que inventábamos, historias que nos sosegaban, nos hacían perder el miedo en el que permanentemente vivíamos y alcanzábamos, gracias a estas historias, una paz, un sosiego, una tranquilidad de las que estaban totalmente exoneradas nuestras vidas.

Aquellas historias que inventábamos expresaban sobre todo una insatisfacción, el sueño de una realidad distinta a aquella que nuestros ancestros enfrentaban día a día, una sociedad sin peligros y sin miedos, una sociedad en la que nos sintiéramos protegidos y al mismo tiempo libres. Eso que ocurría con esos remotísimos ancestros es lo que sigue ocurriendo ahora que, gracias a la escritura, esas historias que inventábamos tienen una cierta permanencia y realidad. Seguimos inventando cosas que expresan nuestro temor, nuestra inseguridad contra un mundo que no podemos controlar y que, sobre todo, nos resulta difícil de aceptar.

La literatura ha sido siempre, desde los tiempos más remotos, una manera de protestar contra las insuficiencias de la vida y siempre habrá insuficiencias contra las que protestar, aunque sea una persona. Pero serán siempre no una sino muchos grupos de personas las que estarán descontentas con la realidad tal como es. Nada expresa mejor esa insatisfacción o disgusto que tenemos con el mundo tal como es que la literatura.

La literatura es una expresión de una protesta, de un descontento, de un desacato de la realidad tal como es y un deseo profundo de tener una realidad distinta. Una realidad que, a través de nuestras acciones, de nuestras innovaciones, va constituyendo ese progreso del que está hecha nuestra vida. A diferencia de la vida animal que es siempre igual a lo largo del tiempo, la vida de los seres humanos cambia y, en gran parte, cambia gracias a la literatura. Gracias a esa fabulación constante

que, de alguna manera, nos presenta el porvenir, el futuro. Aquello que a través de nuestros esfuerzos vamos, poco a poco, alcanzando y materializando. Eso ¿nos hace contentos?, ¿nos satisface?, ¿no? Surgen nuevas formas de insatisfacción y esas formas de insatisfacción las expresa, fundamentalmente, la literatura. Y las expresa, sobre todo, en aquellos países que dejaron de ser libres o que nunca lo fueron, países sometidos por distintas ideologías a alguna forma de dictadura. Esas dictaduras tienen siempre una desconfianza muy profunda de la literatura, saben que la literatura encierra un peligro para ellas y tienen razón. No hay ningún régimen en la historia que haya restringido la libertad que no haya encontrado una manera de controlar la literatura, es decir, establecer sistemas de censura para limitarla y, sobre todo, impedirle que exprese ese descontento que forma parte de su naturaleza.

Por ejemplo, en América Latina durante 300 años estuvieron prohibidas las novelas, ¿por qué prohibieron las novelas?, ¿quienes las prohibieron? Los gobiernos, la inquisición... es algo confuso que los historiadores no acaban de explicar, pero lo que sí es seguro, es que durante 300 años, los 300 años de la colonia, América Latina no produjo, no editó novelas. Es verdad que había un contrabando muy intenso de libros de ficción. Se dice, por ejemplo en el Perú, que los primeros ejemplares del Quijote llegaron escondidos en unos toneles de vino. El contrabando, que era muy intenso, permitió que los latinos leyéramos novelas pero la prohibición de la publicación de novelas sí se respetó rigurosamente y la primera novela que apareció fue en el año, solamente, el año 1816 en México. Una novela que se llama *El Periquillo Sarniento* y que parece retomar, 200 años después de las escritas en España, las novelas del pícaro, las novelas de los jóvenes audaces que se burlan de las leyes, que se burlan de las costumbres y que viven de la picardía.

Las consecuencias de la prohibición de la novela en América latina, desde mi punto de vista, ha sido que, como el género que expresaba la fantasía no podía existir, que todo lo demás, de alguna manera, se contaminó con la ficción y que en América Latina no hemos podido nunca discriminar extraordinariamente bien entre la ficción y la realidad, entre la ficción y la historia, en cierta forma, por esos 300 años de silencio novelesco.

Las novelas no son un mero entretenimiento, aunque todas ellas aspiran a ser entretenidas. Las novelas crean, también en nosotros, una actitud insumisa, una actitud que desacata la realidad tal como es porque aspira a una realidad distinta y las razones por las que los seres humanos pueden expresar su descontento de la realidad son tan diversas, tan variadas, como seres humanos existen y ninguna otra forma de expresión ha sido tan genuina en expresar esa extraordinaria diversidad de razones para estar descontentos de la realidad como la novela en particular y la literatura en general.

¿Eso qué quiere decir? Eso quiere decir que si queremos ciudadanos que no sean meros zombis, que no acaten sin protestar todas las decisiones que vienen de la autoridad de los poderes de este mundo, necesitamos impregnar de literatura nuestras sociedades. Porque nada expresa tan bien las insatisfacciones infinitas que toda realidad, incluso la más avanzada y la menos imperfecta expresa como la literatura. Si queremos ciudadanos que reflexionen, que denuncien las mentiras, que no sean manipulados fácilmente por los poderes de este mundo, necesitamos la literatura.

La literatura nos produce placer, sin duda, desde luego que las grandes obras literarias enriquecen extraordinariamente nuestra sensibilidad, nuestra imaginación, nuestra fantasía, pero hay algo más importante desde el punto de vista histórico y desde el punto de vista social, crean en nosotros una insatisfacción. Crean en nosotros una disidencia respecto a la realidad con la que vivimos, una realidad que nunca se parece a esas realidades que somos capaces de inventar, de soñar y de convertir, a través de las palabras, en literatura.

Por eso la literatura es importante, por eso la literatura es mucho más que un entretenimiento, es una manera de avizorar el futuro. Si queremos ciudadanos motivados por razones serias y profundas, necesitamos una buena literatura y necesitamos que los buenos libros se lean y se difundan y por eso, es muy importante desde el punto de vista social y desde el punto de vista político que haya libertad para expresarse y que la literatura exprese esa extraordinaria diversidad que toda sociedad sin excepciones representa y es, en última instancia.

Por el contrario si queremos ciudadanos adocenados, resignados, que acepten sumisamente el mundo tal como es, censuremos la literatura, que la literatura se convierta en un puro entretenimiento, en una pura diversión entre otras diversiones, que hay tantas a nuestro alrededor. Pero estoy seguro que nadie, reflexionando seriamente, aspira a que la literatura sea un puro

entretenimiento. Necesitamos que la literatura nos muestre que algo anda mal en esas sociedades en las que los poderes de este mundo tratan de hacernos creer que todo anda bien. Que todo está bien encaminado, que todo, de alguna manera, expresa nuestras necesidades y nuestros sueños. La literatura nos demuestra siempre que eso no es verdad, que nunca es verdad, que una sociedad puede andar muy bien pero siempre habrá motivos de descontento para alguien.

Piensen ustedes en el pasado, piensen en todas las represiones terribles que nuestros ancestros, nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos vivieron y cuánto hemos avanzado desde entonces. Hemos avanzado muchísimo, ¿hemos alcanzado ya la perfección? No, nunca alcanzaremos la perfección, siempre, en toda sociedad, en algún momento dado habrá quienes manifiesten su descontento y su desasosiego por vivir confinados en una cierta actividad para la que esta sociedad no es libre,¹ es todavía limitada por enormes prejuicios. Esa es la gran función de la literatura. Aparte, por supuesto, de enriquecernos extraordinariamente el vocabulario, la sensibilidad, estimular nuestra imaginación y nuestra fantasía, haciéndonos desear lo imposible y desear lo imposible es una manera de alcanzar nuevas cuotas dentro del progreso humano, de un extraordinario progreso que ha llegado hasta nuestros días, tanto que estábamos tan arrogantes que creíamos que habíamos alcanzado ya a controlar enteramente la naturaleza. Esta pandemia, que vive el mundo entero, nos recuerda que no es así, que no es verdad, que no hemos llegado todavía a controlar la naturaleza, que la naturaleza puede enfrentarnos a unos desafíos terriblemente difíciles o, pura y simplemente, que no estemos preparados para enfrentar. De esta pandemia seguramente saldremos menos arrogantes, más dispuestos a invertir en la investigación científica, en la investigación tecnológica, dispuestos a invertir en sistemas de salud que nos protejan, que nos defiendan mejor de lo que los sistemas de salud actuales lo han hecho. Pero, al mismo tiempo, también sería bueno que recordáramos que la mejor manera de enfrentar esta realidad es cambiándola y mejorándola y, para eso, la literatura es absolutamente fundamental, esencial.

¹ Nota para quien traduzca: la frase un poco larga y puede resultar confusa, el sentido sería: “para la que la esta sociedad no es libre, (para la que esta sociedad) está todavía limitada por enormes prejuicios”

Y voy a terminar con este recuerdo un gran filósofo, un filósofo de lengua alemana, Karl Popper. La última vez que estuvo en España, pocos meses antes de morir, asistió a una conferencia de prensa y los periodistas le preguntaban siempre sobre cosas negativas. Le decían “pero bueno está estallando una guerra, hay una guerra allí, en un rincón de Europa y hay problemas enormes en Africa, en América Latina...” Y él asentía, él decía “sí, sí, es verdad, la situación es difícilísima, muy mala, en muchos lugares del mundo”, decía, “pero cuando los asalte esa inseguridad, ese temor sobre lo que ocurre a nuestro alrededor, por favor, piensen en una cosa, piensen que nunca en la historia, en la larga historia de los seres humanos, hemos estado mejor. Nunca hemos estado mejor que ahora. Entonces, todo aquello que anda mal pues sí, vamos a enfrentarlo, pero sobre todo recordemos por aquello que hemos pasado y lo que hemos ido dejando que estaba mal en nuestra realidad. Y aquello que hemos ido dejando es simplemente gigantesco de tal manera que eso debía darnos un ímpetu, un entusiasmo para enfrentar todos los males que hay hoy en día.”

Yo creo que entre los males que hay hoy en día la mejor manera de combatirlos es difundiendo, sobre todo, los libros y haciendo soñar a la gente. Haciendo soñar con un mundo mejor, con un mundo diferente, un mundo en el que haya menos razones para estar descontento. Muchas gracias.

Berlín, 9 de septiembre de 2020.